

—Y entre tanto ¿qué hacía ahí ese juez de paz con las bujías y los hilos?—dijo la Salvaje.

—¡Ah! está poniendo los sellos. Venga, venga, señor Smuke. Usted tiene derecho á asistir.

—No, no; vaya usted.

—Pero, ¿por qué los sellos, si el señor está en su casa y es todo suyo?—dijo la Salvaje, explicándose el derecho á la manera de las mujeres.

—Señora, este caballero no está en su casa, está en casa del señor Pons. Tal vez le pertenezca todo; pero cuando se es legatario, no se pueden tomar las cosas que se heredan á no ser mediante la intervención de los tribunales. Por otra parte, si los herederos desposeídos de la herencia por voluntad del testador, se oponen, puede haber un pleito, y como no se sabe de quién será la fortuna, se sellan todos los valores, y los notarios de los herederos y del legatario proceden al inventario en el plazo exigido por la ley.

Al oír este lenguaje por primera vez en su vida, Smuke perdió completamente la cabeza, y la dejó caer hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá en que estaba sentado, pues la sentía tan pesada, que no podía sostenerla. Villemot fué á hablar con el escribano y con el juez de paz y presenció la imposición de los sellos. Por fin, los cuatro curiales cerraron el salón y entraron en el comedor, adonde les siguió el escribano. Smuke contempló maquinalmente aquella operación, que consiste en poner un sello del juzgado de paz en el cruce de dos bramanes en las ventanas y en sellar las cerraduras de los armarios y de las puertas.

—Pasemos á este cuarto—dijo Fresal señalando al cuarto de Smuke, cuya puerta daba al comedor.

—Pero ¡si es el cuarto del señor!—dijo la Salvaje interponiéndose entre la puerta y los curiales.

—Aquí está el contrato de arriendo que hemos encontrado entre los papeles, y no está á nombre de los señores Pons y Smuke, sino que está á nombre del señor Pons—dijo el horrible Fresal.—Esta habitación toda pertenece á la herencia y, por otra parte, mire usted, señor juez, está llena de cuadros—añadió abriendo la puerta del cuarto de Smuke.

—En efecto—dijo el juez de paz, dando la razón en seguida á Fresal.

## CAPITULO XXX

## Los frutos de Fresal

—Esperen ustedes, señores—dijo Villemot,—y piensen que dejan en la calle al legatario universal, cuya calidad de tal no le ha sido aún negada por los tribunales.

—¡Oh! es que nosotros nos oponemos á la entrega del legado—dijo Fresal.

—¿Con qué pretexto?

—Ya lo sabrá usted, hijo mío—dijo burlonamente Fresal.—En este momento no nos oponemos á que el legatario retire lo que tenga en este cuarto; pero se sellará también, y el señor irá á albergarse donde le parezca.

—No—dijo Villemot,—el señor se quedará en su cuarto.

—¿Cómo?

—Porque es inquilino de este cuarto, y no puede usted arrojarlo, so pena de allanamiento de morada...—repuso Villemot.—Quite usted los cuadros y distinga lo que es del difunto de lo que es de mi cliente; pero mi cliente se quedará aquí.

—No, ya me *igué*—dijo el anciano músico, recobrando energía al oír aquella espantosa disputa.

—Más le vale á usted—dijo Fresal.—Esa decisión le ahorrará muchos gastos, porque no ganaría usted la causa. El arriendo es formal.

—El arriendo, el arriendo es cuestión de buena fe—dijo Villemot.

—Pero hay que probarlo con testigos, y eso es difícil. ¿Va usted á meterse en peritajes, fiscalizaciones y juicios interlocutorios?

—No, no—exclamó Smuke asustado,—yo me voy.

La vida de Smuke estaba tan reducida á su más simple expresión, que resultaba la de un filósofo cínico sin saberlo. No poseía más que un par de zapatos, un par de botas, dos trajes completos, doce camisas, doce corbatas, cuatro chalecos y una pipa y una petaca que Pons le había regalado. Excitado por la fiebre de la indignación, el músico entró en el cuarto, tomó todas sus cosas, las colocó sobre una silla, y dijo con una sencillez digna de Cincinato:

—Todo esto es mío, y el piano también.

—Señora—dijo Fresal á la Salvaje,—diga usted que la ayuden, y coja ese piano y póngalo en la calle.

—Usted es demasiado duro—dijo Villemot á Fresal.—El señor juez de paz es aquí el soberano y puede ordenar lo que quiera.

—Es que en ese cuarto hay valores—dijo el escribano.

—Además, el señor sale por su voluntad—advirtió el juez de paz.

—¿Habrás visto cliente semejante?—dijo Villemot indignado, volviéndose contra Smuke.—Es usted demasiado tonto.

—¿Qué *impogta moguig* donde *quiega*?—dijo Smuke sabiendo.—Esos hombres tienen *caga de tigde*, yo *enviagué* á *buscag* mis cosas.

—¿Adónde va el señor?

—A *cualquieg pagte*—respondió el heredero universal haciendo un sublime gesto de impaciencia.

—No deje usted de decírmelo—dijo Villemot.

—Síguele—dijo Fresal al oído al primer pasante.

La señora Cantinet quedó constituida en guardiana de los sellos, asignándosele cincuenta francos de las sumas halladas en la casa.

—Esto marcha bien—dijo Fresal al señor Vitel, cuando Smuke se hubo marchado.—Si quiere usted presentar su dimisión á mi favor, vaya á ver á la señora presidenta de Marville y entiéndase con ella.

—Ha dado usted con un hombre de manteca—dijo el juez de paz señalando á Smuke, el cual contemplaba desde el patio, por última vez, las ventanas de la habitación.

—Sí, el asunto está listo—respondió Fresal.—Podrá usted casar sin temor á su hija con Poulain, que será médico jefe del hospital de Los Quince Veintes.

—Ya veremos; adiós, señor Fresal—dijo el juez de paz con aire campechano.

—Este perro es hombre listo y hará carrera—dijo el escribano.

Entonces eran las once, y el anciano alemán tomó maquinalmente el camino que acostumbraba á andar con Pons, pensando en su amigo: le veía sin cesar, le creía á su lado, y así llegó hasta el teatro, de donde salía su amigo Topinar, que acababa de limpiar los quinqués pensando en la tiranía de su director.

—¡Ah! aquí está mi *compañego*—exclamó Smuke deteniendo al mozo.—*Topinag*, ¿no tienes tú un *cuagto* que *ce-degme*?

—Sí, señor.

—¿En tu casa?

—Sí, señor.

—¿*Quiegues tomagme* como huésped? ¡Oh! te *pagagué* bien; tengo novecientos francos de *guenta*, me quedan pocos días de vida, y te *molestagué* poco. Yo como de todo... Mi única pasión es *fumag* la pipa, y como tú eres el único que ha *llogado* á Pons, te *quiego*.

—Señor, lo haría con mucho gusto; pero figúrese usted que el señor Gaudissart acaba de soltarme una filípica.

—¿Una filípica?

—Sí, me ha reñido porque me intereso por usted. De modo que si viene usted á mi casa, tiene que ser muy discreto; aunque me temo que no estará usted mucho tiempo, porque usted no sabe lo que es la casa de un pobre hombre como yo.

—¡Ah! *Presiego* el pobre *hogag* de un hombre de *cogazón* que ha *llogado* á Pons, que no los tratos con hombres de *caga de tigde*. Salgo de *veg* unos *tigges* de casa de Pons, que se lo van á *comeg* todo.

—Venga usted, señor—dijo el mozo,—y ya veremos... Pero estará allí muy mal; en fin, consultemos á mi señora.

Smuke siguió como un cordero á Topinar, el cual lo condujo á uno de esos espantosos lugares que pueden llamarse los cánceres de París. Este lugar se llama la ciudad Bordín. Es un pasaje estrecho, rodeado de casas construídas como las que se construyen por especulación, y que desemboca en la calle de Bondi, en aquella parte de la calle sombreada por el inmenso edificio del teatro de la puerta de San Martín. Este pasaje se hunde un tanto y forma una pendiente hacia la calle de los Maturinos del Temple. La ciudad acaba en una calle interior que la cruza formando una especie de T. Estas dos callejuelas dispuestas de este modo, contienen una treintena de casas de seis y siete pisos, cuyos patios interiores y cuyas habitaciones contienen almacenes, industrias y fábricas de todo género. Es el arrabal de San Antonio, en miniatura. Se hacen allí muebles, se cincelan cobres, se cosen trajes para los teatros, se trabaja el vidrio, se pintan porcelanas, se fabrican, en fin, todas las fantasías y va-

riedades de París. Sucio y productivo como el comercio, aquel pasaje, lleno siempre de transeuntes y de carretas, tiene un aspecto repulsivo, y la población que pulula allí está en armonía con las cosas y con los lugares. Es el pueblo de las fábricas, pueblo inteligente para los trabajos manuales, pero cuya inteligencia es absorbida por éstos. Topinar vivía en aquel lugar floreciente por sus productos, á causa de la modicidad de los alquileres. Vivía en la segunda casa á la izquierda. Su habitación, situada en el sexto piso, tenía vistas á aquella zona de jardines que subsiste aún y que depende de los tres ó cuatro grandes palacios de la calle de Bondi.

El albergue de Topinar consistía en una cocina y dos cuartos. En el primero de estos cuartos dormían los niños y estaba ocupado por dos camitas de madera blanca y una cuna. El segundo era el cuarto de los esposos Topinar. Comían en la cocina. Sobre ésta había una pobre buhardilla de seis pies de altura, á la que se subía por una escalera de madera blanca. Esta buhardilla, que era una especie de cuarto de criado, permitía dar el nombre de piso al albergue de Topinar y exigir cuatrocientos francos de alquiler. Para ocultar la cocina, á la entrada existía una especie de tambor que recibía luces de la cocina y que estaba formado por la reunión de la puerta del primer cuarto y la de la cocina: en total tres puertas. Aquellas tres piezas con piso de ladrillo, cubiertas con horrible papel de á treinta céntimos el rollo y pintadas con pintura vulgar, color madera, servían de albergue á cinco personas, de las cuales tres eran niños. Los ricos no podrían imaginarse la sencillez de la batería de cocina, que consistía en un hornillo, un caldero, unas parrillas, una cacerola, dos ó tres concos y una sartén. La vajilla de porcelana valía unos doce francos. La mesa servía á la vez de mesa de cocina y de mesa de comer. El mobiliario consistía en dos sillas y dos taburetes. Bajo el hornillo estaban las provisiones de carbón y de leña, y en un rincón se veía el lugar donde se enjabonaba, á veces, por la noche la ropa de familia. La pieza que ocupaban los niños, atravesada por cuerdas para secar ropa, estaba plagada de anuncios de teatro y de grabados recordados de los periódicos ó de los prospectos de los libros ilustrados. Evidentemente el niño mayor de la familia Topinar, cuyos libros de clase se veían en un rincón, se que-

daba encargado del hogar cuando el padre y la madre se iban á las seis á sus labores del teatro. En muchas familias de la clase inferior, desde que un niño llega á la edad de seis ó siete años, desempeña el papel de madre con sus hermanos y hermanas.

Por esta ligera descripción se concibe que los Topinar fueran pobres pero honrados, como solían decir. Topinar tenía unos cuarenta años, y su mujer, antigua corista y querida, al parecer, del director quebrado á quien Gaudissart había sucedido, debía tener treinta años. Lolotte había sido hermosa; pero las desgracias del empresario anterior la habían afectado tanto, que se había visto en la necesidad de contraer con Topinar un matrimonio de teatro. Ella no dudaba que tan pronto como en su hogar hubiese ciento cincuenta francos, Topinar cumpliría sus juramentos ante la ley, aunque sólo fuese para legitimar á sus hijos, que eran su adoración. Por la mañana, durante los momentos que le quedaban libres, la señora Topinar cosía para la guardarropía del teatro. Aquel valeroso matrimonio ganaba novecientos francos anuales, gracias á gigantescos trabajos.

—Aun falta un piso—decía Topinar á Suke desde el tercero; pero el pobre músico estaba tan sumido en su dolor, que no sabía si subía ó si bajaba.

En el momento en que el mozo abrió la puerta de la habitación, se oyó la voz de la señora Topinar, que decía:

—Vamos, niños, que está ahí papá.

Y como sin duda los niños hacían lo que querían de su papá, el mayor continuó dirigiendo una carga que recordaba del Circo Olímpico, montado sobre una escoba, el segundo hacía además de tocar un instrumento con una tenaza en la mano, y el tercero seguía como podía al grueso del ejército. La madre cosía un traje de teatro.

—Cállense ustedes, ó habrá leña—gritó Topinar con voz formidable.—Siempre hay que decirles esto—le dijo en voz baja á Suke.—Mira, hija mía—dijo el mozo á su mujer.—Aquí está el señor Suke, el amigo de aquel pobre señor Pons, que no sabe adónde ir y que quisiera vivir en nuestra casa. En vano le he advertido que no estábamos muy cómodos, que vivíamos en el sexto y que sólo podíamos ofrecerle una buhardilla.

Suke se había sentado en una silla que le había ofre-

cido la mujer; y los niños, cortados por la llegada de un desconocido, se habían agrupado para entregarse á ese examen profundo, mudo y acabado que distingue á la infancia, acostumbrada, como los perros, á olfatear más bien que á juzgar. Smuke se puso á mirar aquel grupo tan bonito, del cual formaba parte una niña de cinco años, que era la que tocaba la trompeta y que estaba dotada de magníficos cabellos rubios.

—¡Oh! parece una pequeña alemana—le dijo Smuke, haciéndole seña de que se le acercase.

—El señor estará aquí muy mal—dijo la obrera,—y si no estuviese obligada á estar al lado de nuestros hijos, le ofrecería mi cuarto.

Y esto diciendo, la mujer abrió el cuarto é hizo pasar á Smuke. Aquel cuarto era todo el lujo de la habitación. La cama de caoba estaba provista de cortinas de indiana azul con listas blancas. La misma indiana azul servía de cortinas en las ventanas. La cómoda, el secreter y las sillas eran sencillas, pero estaban muy limpias. Sobre la chimenea había un reloj y unos candelabros, regalados evidentemente por el quebrado, cuyo retrato, un horrible retrato de Pedro Grassou, estaba sobre la cómoda. Como los niños tenían prohibida allí la entrada, procuraron dirigir al cuarto curiosas miradas.

—¿Estaría bien aquí el señor?—dijo la obrera.

—No, no—respondió Smuke;—poco me queda que vivir. No *quiego* más que un *guincón paga moguig*.

Una vez cerrada la puerta del cuarto, subieron á la buhardilla, y tan pronto como Smuke la vió, dijo:

—¡Ah! aquí sí, aquí. Antes de *estag* con Pons no he tenido nunca *mejog* vivienda.

—Bueno, hay que comprar un catre, una almohada, dos colchones, dos sillas y una mesa. La cosa no costará más de cincuenta escudos con la palangana y el orinal y una pequeña alfombra para la cama.

Todo quedó convenido. Sólo faltaban los cincuenta escudos. Smuke, que se hallaba á dos pasos del teatro, pensó, como es natural, en ir á pedir sus honorarios al director, en vista de la situación angustiosa de sus nuevos amigos. Al efecto se fué en seguida al teatro, y encontró allí á Gaudissart. El director recibió á Smuke con la cortesía que empleaba con los artistas, y se asombró de que Smuke fuese á

pedirle un mes de honorarios. Sin embargo, echadas las cuentas, se vió que la reclamación era justa.

—¡Ah diablo! amigo mío—le dijo el director,—los alemanes siempre saben contar, hasta en la desgracia. Yo creía que tendría usted en cuenta la gratificación de mil francos que les he dado.

—*Nosotgos* no hemos *gucibido* nada—dijo el buen alemán,—y si acudo á usted es *pogque* estoy en la calle y sin un *cuagto*. ¿Á quién ha *entgegado* usted la *ggatificación*?

—A su portera.

—¿Á la *señoga* Cibot?—exclamó el músico.—Ella ha matado á Pons, lo ha *gobado*, lo ha vendido. *Quegula quemag* su testamento, es una malvada, un *monstguo*.

—Pero, amigo mío, ¿cómo está usted sin un céntimo, en la calle y sin asilo, siendo su legatario universal? Eso no es lógico.

—Me han echado á la calle... Yo soy *extganjego* y no conozco las leyes.

—¡Pobre hombre!—pensó Gaudissart entreviendo el final probable de una lucha desigual.—Escuche, ¿sabe lo que debe hacer?

—Tengo un *apodegado*.

—Pues mire, transija en el acto con los herederos, y así le darán á usted una suma importante y una renta vitalicia y podrá vivir tranquilo.

—Es lo único que deseo—respondió Smuke.

—Bueno, déjeme usted arreglar á mí eso—dijo Gaudissart, conocedor de los proyectos de Fresal.

Gaudissart pensó que podría hacer méritos en favor de la vizcondesa Popinot y de su madre, arreglando aquel negocio sucio, y que así podría llegar á ser algún día, por lo menos, consejero de estado.

—Puede usted *contag* con mis *podegues*.

—Está bien; en primer lugar, aquí tiene cien escudos—dijo el Napoleón de los teatros del bulevar sacando quince luises del bolsillo y entregándoselos al músico.—Son seis meses de sueldo anticipado, con la condición de devolvérmelos, si no vuelve al teatro. Ahora contemos. ¿Cuánto gasta usted al año? ¿Qué necesita usted para ser feliz? A ver, figúrese usted una vida de Sardanápalo.

—Yo sólo necesito un *tgaje* de *inviegno* y *otgo* de *vegano*.

—Trescientos francos—dijo Gaudissart.

—Cuatro pagues de zapatos.

—Sesenta francos.

—Medias.

—¿Doce pares? Treinta y seis francos.

—Seis camisas.

—Seis camisas de indiana, pongamos cuarenta y ocho francos de tela y veinticuatro de hechura son setenta y dos. Tenemos cuatrocientos sesenta y ocho francos. Pongamos quinientos de corbatas y pañuelos, y cien de lavado, hacen seiscientos francos. Después ¿qué necesita usted para vivir? ¿trescientos francos?

—No, es demasiado.

—En fin, necesita usted también sombreros. Total mil quinientos francos y quinientos de alquiler son dos mil. ¿Quiere usted que le logre dos mil francos de renta vitalicia bien garantizada?

—¿Y mi tabaco?

—Bueno, dos mil cuatrocientos francos.

—¿Quiégo además una suma al contado.

—Para alfileres ¿verdad? Y se llaman sencillos los alemanes—pensó Gaudissart.—A ver ¿cuánto quiere usted? pero no pida nada más.

—Es paga pagag una deuda *saggada*.

—¿Una deuda!—se dijo Gaudissart,—¡qué truhán! es peor que un hijo de familia. Va á inventar letras de cambio. Hay que acabar de una vez. ¿Qué deuda, amigo mío?

—Sólo un *hombge* ha llogado á Pons conmigo, y tiene una linda niña con una *cabellega* magnífica. Una niña que me ha *repesentado* á mi *queguida* Alemania, de donde no debí *salige* nunca. *Paguís* no *sigve* paga los alemanes, se *buglan* de *nosotgos*—dijo haciendo un movimiento de cabeza propio de un hombre que cree ver claro en las cosas de este mundo.

—Está loco—se dijo Gaudissart.

Y lleno de piedad por aquel inocente, el empresario sintió que las lágrimas acudían á sus ojos.

—¡Ah! Usted me *compge*, *señog* *empgesaguio*. Ese *hombge* que tiene esa niña es *Topinag*, el que *sigve* en la *ogquesta*. Pons lo *quegula* y lo *socogula*, y él es el único que ha acompañado á mi insigne amigo á la iglesia y al *cementeguio*. *Quiégo* *tges* mil *fgancos* paga él y *tges* mil *fgancos* paga la pequeña.

—¡Pobre hombre!—se dijo Gaudissart.

Aquel feroz advenedizo se sentía conmovido ante aquella

nobleza y aquel agradecimiento por una cosa insignificante ante los ojos del mundo; pero de gran importancia para aquel cordero divino. Bajo su vanidad y brutal deseo de prosperar y de ponerse á la altura de su amigo Popinot, Gaudissart ocultaba un buen corazón y un buen natural. Abandonó, pues, sus juicios temerarios acerca de Smuke, y le dijo:

—Mi querido Smuke, no sólo tendrá usted todo lo que desea, sino que haré más. Topinar es un hombre honrado.

—Sí, *ahoga* lo acabo de *veg* en su pobre *hogag*, contento con sus hijos.

—Como el padre Baudrán nos deja, yo le daré la plaza de cajero.

—¡Ah! ¡que Dios le bendiga!—exclamó Smuke.

—Bueno, amigo mío, venga usted esta tarde á las cuatro á casa del notario señor Berthier, lo tendré todo dispuesto y quedará usted al amparo de la miseria para el resto de sus días. Percibirá usted sus seis mil francos y tendrá aquí el mismo sueldo que tenía Pons, en unión de Gaarangeot.

—No—dijo Smuke.—Yo *vivigüé* ya poco. Yo no tengo *valog* *paga* nada. Me siento *heguido* de *müegte*...

—¡Pobre cordero!—se dijo Gaudissart, al mismo tiempo que se despedía del alemán.—Pero, después de todo, se vive de comer, y como dice el sublime Beranger:

¡Pobres corderos! ¡siempre os esquilan!

Y cantó esta canción política para ocultar su emoción.

—Dígale al cochero que se acerque—le dijo á su ordenanza.

Y al poco rato, bajaba y le decía al cochero:

—¡Calle de Hanovre!

El ambicioso reapareció de cuerpo entero. Ya se veía en el Consejo de Estado.

## CAPÍTULO XXXI

### Conclusión

Smuke compraba flores en aquel momento, y casi contento, se las llevó con pasteles á los hijos de Topinar.

—Yo *dagué* los pasteles...—dijo sonriendo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Esta sonrisa era la primera que acudía á sus labios en tres meses, y el que la hubiese visto, habría temblado.

—*Pego* con una condición.

—Señor, es usted demasiado bueno—dijo la madre.

—La pequeña me *dagá* un beso y se *colocagá* las *flogues* en la cabeza, al estilo de las niñas alemanas.

—Olga, hija mía, haz lo que te mande el señor—dijo la obrera con severidad.

—No *guña* usted á mi pequeña alemana—exclamó Smuke, que veía á su querida Alemania en aquella niña.

—Todos los apuros son para los tres comisionistas—dijo Topinar entrando.

—¡Ah!—exclamó el alemán,—amigo mío, aquí tiene doscientos francos *paga pagaglo* todo... Tiene usted aquí una linda *mujecita* y la *casagá* usted *vegdad*? Yo le doy mil escudos... La niña tendrá una dote que *colocagá* usted á su nombre. Y usted no *volvegá* á *seg* gasista... *segá* usted el *cajego* del teatro.

—¿Yo la plaza del padre Baudrán?

—Sí.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El *señog* *Gaudissag*.

—¡Oh! ¡esto es para volverse loco! ¿Qué te parece, Rosalía? ¡Esto no es posible!

—Nuestro bienhechor no puede vivir en una buhardilla.

—¡Bah! *ipaga* los pocos días que me *gustan* de vida!—dijo Smuke,—ya estoy bien. Adiós, me voy al *cementegüio* á *veg* lo que han hecho de Pons y á *encaggag* *flogues* *paga* su tumba.

La señora Camusot de Marville estaba sumamente alarmada. Fresal celebraba una conferencia en su casa con Godeschal y Berthier. Berthier, el notario, y Godeschal, el procurador, consideraban inatacable el testamento hecho por dos notarios en presencia de dos testigos, á causa de la manera clara que había tenido de formularlo Leopoldo Hannequin. Según el honrado Godeschal, Smuke acabará por ser instruido, aunque sólo fuese por alguno de esos abogados que para distinguirse recurren á actos de generosidad y delicadeza, si su consejero actual lograba engañarle. Los dos funcionarios dejaron, pues, á la presidenta dispuestos á desconfiar de Fresal, á causa de los malos informes que habían recibido de él. En este momento Fresal, después de haber asistido á la aposición de los sellos, minutaba una

citación en el despacho del presidente, donde la señora de Marville le había hecho entrar á invitación de los dos funcionarios, que veían el asunto demasiado sucio para que un presidente se metiese en él, y que habían querido dar su opinión á la señora de Marville, sin que Fresal les escuchase.

—Bueno, señora, ¿dónde están esos caballeros?—preguntó el antiguo procurador de Mantes.

—Se han marchado diciendo que renunciaban al negocio—respondió la señora de Marville.

—¡Renunciar!—dijo Fresal con acento de contenida rabia. Escuche usted, señora...

Y le leyó el siguiente documento:

«Visto que ha sido depositado en poder del señor presidente de la Audiencia de primera instancia un testamento otorgado por don Leopoldo Hannequin y don Alejandro Crotat, notarios de París, acompañados de dos testigos, los señores Brunner y Schwab, extranjeros domiciliados en París, por el cual testamento el señor Pons, fallecido, ha dispuesto de su fortuna en favor de un señor Smuke, alemán, en perjuicio del recurrente, su heredero natural y legal;

»Visto que el recurrente se compromete á demostrar que el testamento es obra de una odiosa captación y resultado de maniobras reprobadas por la ley; que será probada por personas eminentes la intención que tenía el testador de dejar su fortuna á la señorita Cecilia, hija del señor de Marville; y que el testamento, cuya anulación pide el recurrente, ha sido arrancado al testador en plena demencia;

»Visto que el señor Smuke, para obtener este legado universal, ha tenido secuestrado al testador, impidiendo á la familia llegar hasta su lecho de muerte, y que, una vez obtenido su resultado, se ha entregado á actos notorios de ingratitud que han escandalizado á la casa y á todas las gentes del barrio que, por casualidad, fueron testigos al tributar los últimos honores al portero de la casa donde falleció el testador;

»Visto que otros hechos más graves aun, cuyas pruebas busca en este momento el recurrente, han de ser denunciados ante los señores del tribunal;

»Yo el infrascrito, en nombre de mi poderdante, cito al señor Smuke á comparecer ante los señores jueces que componen la primera sala, para que se demuestre que el testa-

mento otorgado por los señores Hannequín y Crotat, como resultado de una captación evidente, es nulo y de ningún efecto, y protesto de la capacidad y calidad de legatario universal que pudiera tomar el señor Smuke... etc... etc.»

—Señora presidenta, yo conozco á ese hombre y sé que cuando haya leído esto, transigirá, consultará á Tabareau y éste le dirá que acepte nuestras proposiciones. ¿Da usted los mil escudos de renta vitalicia?

—Ya lo creo, quisiera haber pagado ya el primer plazo.

—Lo estará antes de tres días, porque esta citación la recibirá en el primer momento de dolor, pues ese pobre hombre llora de veras á Pons. Ha tomado en serio esa pérdida.

—¿Puede retirarse la citación, una vez hecha?—dijo la presidenta.

—Sí, señora, siempre se puede desistir.

—¿Pues adelante, adelante! Sí, la adquisición que me ha procurado usted vale la pena. Por otra parte, he arreglado el asunto de la dimisión de Vitel; pero tendrá usted que pagarle sesenta mil francos de los valores de la herencia Pons. De modo que ya ve usted que es preciso salir airoso...

—¿Tiene usted su dimisión?

—Sí, señor; el señor Vitel se fía del señor de Marville...

—Pues bien, señora, ya le he ahorrado á usted los sesenta mil francos que calculaba tendría que dar á esa innoble portera, á esa señora Cibot. Me mantengo siempre en obtener el estanco para la señora Salvaje y el nombramiento de mi amigo Poulain para la plaza vacante de médico jefe de Los Quince Veintes.

—Entendido, todo está arreglado.

—Pues bien, todo está dicho... Todo el mundo está á favor de usted en este asunto, hasta Gaudissart el director del teatro, á quien fui á ver ayer, y me ha prometido aplanar al mozo que podría éstorbar nuestros proyectos.

—¡Oh! ya lo sé, el señor Gaudissart es muy adicto á los Popinot.

Fresal salió. Desgraciadamente, no encontró á Gaudissart, y la fatal citación fué lanzada al instante.

Todas las gentes ambiciosas comprenderán, lo mismo que las gentes honradas repudiarán, la alegría de la presidenta, á quien veinte minutos después de la marcha de Fresal, Gaudissart vino á contarle su conversación con el pobre Smuke. La presidenta lo aprobó todo y quedó muy agrade-

cida al director del teatro porque éste le quitó todos sus escrúpulos con observaciones llenas de razón.

—Señora presidenta—dijo Gaudissart—pensaba que ese pobre diablo no sabía lo que hacer de su fortuna. Es una naturaleza de una sencillez patriarcal. Ese alemán es un ser cándido, digno de ser metido en un vaso como un pequeño Jesucristo de cera. Es decir que, según parece, no sabe lo que hacer de sus dos mil doscientos francos de renta, y lo empuja usted á que sea un libertino...

—Es una acción noble enriquecer á un hombre que tanto llora á mi primo—dijo la presidenta.—Yo deploro la pequeña pelotera que nos ha enfadado al señor Pons y á mí; si hubiese vuelto, se le hubiera perdonado todo. El señor Marville lo echa mucho en falta. Mi marido se desesperó porque no le dieron noticia del fallecimiento, pues tiene la religión de los deberes de familia, hubiese asistido al entierro, y hasta yo misma hubiese ido á la misa....

—Pues bien, bella señora—dijo Gaudissart,—prepare usted el acta; á las cuatro le traeré al alemán. Dé usted mis recuerdos á su encantadora hija, la vizcondesa de Popinot, y dígame que manifieste á mi ilustre amigo, su bueno y excelente padre, á ese incomparable hombre de Estado, lo muy adicto que soy á todos los suyos, y que continúe concediéndome su amistad. He debido la vida á su tío juez, y le debo mi fortuna... Quisiera que usted y su hija me tuviesen la alta consideración que une á las gentes poderosas y bien educadas. Voy á dejar el teatro, á hacerme formal.

—Ya lo es usted, señor—dijo la presidenta.

—¡Adorable!—repuso Gaudissart, besando la seca mano de la presidenta.

A las cuatro de la tarde, se encontraban reunidos en el despacho del notario Berthier, primero Fresal, redactor de la transacción, después Tabareau, mandatario de Smuke, y el mismo Smuke conducido por Gaudissart.

Fresal había tenido el cuidado de colocar en billetes de Banco los seis mil francos pedidos, y seiscientos francos para el primer plazo de la renta vitalicia, encima de la mesa de escritorio del notario y á la vista del alemán, el cual, estupefacto al ver tanto dinero, no prestó la menor atención al acta que le leían. Aquel pobre hombre, cogido por Gaudissart al volver del cementerio, donde había estado hablando con Pons y donde le había prometido ir á unirsele,

no gozaba ya de todas sus facultades, alteradas con tantas sacudidas. No escuchó, pues, el preámbulo del acta, en el cual se recordaban las causas del pleito intentado por la presidenta en favor de su hija. El alemán desempeñaba un triste papel, pues firmando el acta, hacía buenos los horribles asertos de Fresal. Pero tuvo tal alegría al ver el dinero para la familia Topinar, y se consideró tan feliz pudiendo enriquecer al único hombre que quería á Pons, que no escuchó ni una palabra de la transacción. Cuando estaban á la mitad del acta, entró un pasante en el despacho diciéndole á su amo:

—Señor, ahí está un hombre que quiere hablarle al señor Smuke.

Obedeciendo á un gesto de Fresal, el notario se encogió significativamente de hombros.

—No venga nunca á molestarme cuando se están firmando actas. Pregúntele usted el nombre á ese. ¿Es un hombre ó un señor?

El pasante salió, y al poco rato entró, diciendo:

—Dice que tiene que hablar á toda costa al señor Smuke.

—¿Cómo se llama?

—Topinar.

—Ya voy yo, firmen ustedes tranquilamente—dijo Gaudissart á Smuke.—Acaben ustedes, que voy yo á ver lo que quiere.

Gaudissart había comprendido á Fresal, y ambos olfateaban un peligro.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—dijo el empresario al mozo.

—¿No quieres ya ser cajero? La primera condición de un cajero es la discreción.

—¡Señor!...

—No serás nunca nada, si te metes en lo que no te importa.

—Señor, nunca podré comer el pan que sea producto de una infamia. ¡Señor Smuke!—gritaba.

Smuke, que había firmado y que llevaba el dinero en la mano, acudió á las voces de Topinar, diciendo:

—Aquí tiene para la pequeña alemana y para usted.

—¡Ah! mi querido señor Smuke, acaba usted de enriquecer á unos monstruos, á gentes que quieren arrebatarle el honor. Yo he hablado del asunto con un buen hombre, con un procurador que conoce á ese Fresal, y me ha dicho que

debe usted castigar tanta infamia aceptando el pleito... Lea usted.

Y aquel imprudente amigo le entregó la citación que le habían enviado á su casa. Smuke tomó el papel, lo leyó, y al verse tratado de aquel modo, recibió un golpe mortal. Topinar recibió á Smuke en sus brazos cuando estaban en la puerta cochera del notario. Por casualidad llegó á pasar un coche, y el mozo metió en él al pobre alemán, que sufría los dolores de una congestión serosa. Sus ojos estaban ya nublados; pero el músico aun tuvo fuerzas para tender el dinero á Topinar. Smuke no sucumbió á este primer ataque, pero ya no recobró la razón, hacía movimientos inconscientes, no comió más y murió á los diez días, sin quejarse, pues no volvió ya á hablar. Fué cuidado por la señora Topinar y enterrado humildemente al lado de Pons, gracias á los cuidados del mozo del teatro, única persona que acompañó hasta el cementerio á este hijo de Alemania.

Fresal, nombrado juez de paz, es muy íntimo del presidente y apreciado por la presidenta, la cual no ha querido que se casase con la hija de Tabareau, prometiéndole cosa mejor al hombre hábil á quien debe no sólo la adquisición de las praderas de Marville, sino también la elección del señor presidente para el cargo de diputado, efectuada en el año 1846.

Todo el mundo deseará, tal vez, saber lo que ha sido de la heroína de esta historia, demasiado verídica desgraciadamente, y que, superpuesta á la precedente, su hermana gemela, prueba que la gran fuerza social es el carácter. ¡Oh aficionados inteligentes y comerciantes! vosotros adivináis que me refiero á la colección de Pons. Bastará asistir á una conversación sostenida por el conde Popinot, el cual enseñaba, hace pocos días, su magnífica colección á unos extranjeros.

—Señor conde, posee usted verdaderos tesoros—le decía un distinguido extranjero.

—¡Oh! milord—dijo modestamente el conde Popinot,—en materia de cuadros, nadie en Europa puede alabarse de competir con un desconocido, un judío llamado Elías Magus, anciano manjático que es el rey de los cuadrómanos. Este ha reunido ciento y tantos cuadros, cuya vista es capaz de desanimar al coleccionista más animoso. Francia debería sacrificar siete ú ocho millones para adquirir esa galería á



la muerte del ricacho. Respecto á curiosidades, mi colección es bastante hermosa para que se hable de ella.

—Pero, ¿cómo un hombre tan ocupado como usted, y cuya fortuna primitiva ha sido tan lealmente ganada en el comercio...?

—De drogas—dijo Popinot.—¿Cómo he podido seguir tratando en drogas, verdad?

—No; ¿cómo ha tenido usted tiempo para buscar todo esto?—repuso el extranjero.—Las curiosidades no le buscan á uno.

—Mi padre tenía algunas—dijo la vizcondesa Popinot.—Era aficionado á las bellas artes; pero la mayor parte de sus riquezas provienen de mí.

—¿De usted, señora? ¿tan joven y ya tiene usted sus vicios?—dijo un príncipe ruso.

Los rusos son tan imitadores, que todas las enfermedades de la civilización repercuten en Rusia. La manía por las antigüedades abunda atrozmente en San Petersburgo, y á causa del valor natural de este pueblo, ha resultado que las han encarecido de tal modo los sabios, que las colecciones resultan imposibles. Aquel príncipe estaba en París únicamente para coleccionar.

—Príncipe—dijo la vizcondesa,—ese tesoro me proviene de la herencia de un primo que me quería mucho y que pasó cuarenta y tantos años recorriendo todos los países, principalmente Italia.

—¿Y cómo se llamaba?—preguntó el milord.

—Pons—dijo el presidente Camusot.

—Era un hombre encantador, de mucho talento, muy original y de gran corazón—repuso la presidenta con su voz atiplada.—Milord, ese abanico que usted admira, es el de la señora de Pompadour, y me lo entregó una mañana diciéndome una frase encantadora que me permitirá usted que no repita.

Y miró á su hija.

—Señora vizcondesa, díganos usted esa frase—le dijo el príncipe ruso.

—La frase vale tanto como el abanico—repuso la vizcondesa.—Le dijo á mi madre que «ya era tiempo que pasase á manos de la virtud lo que había estado en poder del vicio».

El milord miró á la señora Camusot de Marville con un

aire de duda sumamente halagüeño para una mujer tan fea.

—Comía tres ó cuatro veces á la semana en mi casa, ¡y nos quería tanto!... Nosotros sabíamos apreciarle, y los artistas se complacen en tratar con los que conocen su talento. Por otra parte, mi marido era su único pariente, y cuando el señor de Marville obtuvo esta herencia, que no se la esperaba, el señor conde prefirió comprarlo todo antes que ver vender esta colección en pública subasta, y nosotros también, porque hubiese sido horrible ver que se dispersaban estas hermosas cosas que con tanto trabajo había reunido nuestro querido primo. Milord, Elías Magus fué el tasador.

El cajero del teatro, cuyo privilegio, cedido por Gaudisart, ha pasado hace un año á otras manos, sigue siendo el señor Topinar; pero el señor Topinar se ha vuelto sombrío, misántropo y habla poco; pasa por haber cometido un crimen, y los bromistas del teatro pretenden que su pena proviene de haberse casado con Lolotte. El nombre de Fresal horripila al honrado Topinar. Tal vez extrañará el ver que el único amigo digno de Pons ocupa la última esfera de un teatro de los bulevares.

La señora Remonencq, impresionada aún por la predicción de la señora Fontaine, no quiere retirarse al campo, y aunque vuelve á estar viuda, continúa en su magnífico almacén del bulevar de la Magdalena. El auverniano, después de haber hecho consignar en el contrato de matrimonio que los bienes comunes los heredase el cónyuge sobreviviente, había puesto al alcance de su mujer un vaso de vitriolo, contando con un error; pero ella, con la misma intención, lo trasladó á otra parte, y Remonencq se lo tragó. Este fin, digno de aquel bandido, prueba algo en favor de la Providencia, á quien los escritores de costumbres acostumburan á olvidar, tal vez á causa de lo mucho que se abusa de ella en el desenlace de los dramas.

¡Dispensad las faltas del copista!

Paris, julio, 1846—mayo, 1847

FIN

## ÍNDICE

		PÁGINAS
CAPÍTULO	I.—Un despojo glorioso del Imperio. . . . .	5
»	II.—El final de un primer premio en Roma. . . . .	9
»	III.—Los dos rompenueces. . . . .	17
»	IV.—Uno de los mayores goces de los coleccionistas. . . . .	26
»	V.—Una de las mil humillaciones que tiene que soportar un gorrón. . . . .	36
»	VI.—Modelo de porteros (macho y hembra). . . . .	40
»	VII.—Un ejemplar vivo de la fábula de <i>Los dos pichones</i> . . . . .	45
»	VIII.—Donde se ve que los hijos pródigos acaban por llegar á ser banqueros y millonarios, cuando son de Francfort-sur-Maine. . . . .	54
»	IX.—Donde Pons lleva á la presidenta un objeto de arte más precioso que un abanico. . . . .	62
»	X.—Una idea alemana. . . . .	72
»	XI.—Pons sepultado debajo la grava. . . . .	82
»	XII.—El oro es una quimera (palabras del señor Smucke, música de Meyerbeer, decoraciones de Remonencq). . . . .	91
»	XIII.—Tratado de las ciencias ocultas. . . . .	99
»	XIV.—Un personaje de los cuentos de Hoffman. . . . .	109
»	XV.—Charla y política de las porteras viejas. . . . .	119
»	XVI.—Corrupción parlamentada. . . . .	128
»	XVII.—Historia de todos los comienzos en París. . . . .	136
»	XVIII.—Un hombre bueno. . . . .	145
»	XIX.—La última palabra de Fresal. . . . .	154
»	XX.—La Cibot en el teatro. . . . .	161
»	XXI.—El Fresal en flor. . . . .	174
»	XXII.—Aviso á los solterones. . . . .	183

## PÁGINAS

CAPÍTULO	XXIII.—Donde Smuke se eleva hasta el trono de Dios. . . . .	193
>	XXIV.—Las astucias de un testador. . . . .	202
>	XXV.—El testamento nulo. . . . .	212
>	XXVI.—Donde reaparece la mujer Salvaje. . . . .	221
>	XXVII.—La muerte tal cual es. . . . .	231
>	XXVIII.—Continuación del martirio de Smuke, donde se verá cómo se muere en Paris. . . . .	241
>	XXIX.—Donde se ve que lo que se llama abrir una herencia, consiste en cerrar todas las puertas. . . . .	250
>	XXX.—Los frutos de Fresal. . . . .	259
>	XXXI.—Conclusión. . . . .	267



